

Los problemas de hoy exigen un auténtico esquema de poder que Bordaberry no aporta

Para terminar su crónica de los sucesos que llevaron al Uruguay a vivir el autogolpe del 27 de junio, el autor de estas notas desmenuza el significado social y político del presidente Juan María Bordaberry y su relación con los distintos sectores y problemas de la vida de su país.

Esta serie, escrita originariamente para **La Opinión**,

pero renunció por desavenencias políticas.

Sin una real vocación política, no siguió con el movimiento luego de la muerte de Nardone, pese a que era su natural heredero.

Sorpresivamente, Pacheco lo llama un día para ocupar el Ministerio de Ganadería (yo ocupaba Industrias, por entonces) y cumple una gestión discreta. Ni brillo ni fracaso. El medio tono conservador que es un estilo más característico.

Pacheco Areco, luego de un gobierno duro y difícil, entre 1967 y 1971, buscó un sucesor y no encontrándolo en su grupo fuerte en votos pero sin estado mayor político, apuntó hacia su Ministro de Ganadería, que había sido senador Blanco cuando el ruralismo de Nardone había pactado con esa colectividad. Compensó la fórmula con su ministro de Trabajo, Jorge Sapelli, un colorado de origen batallista que había caracterizado su gestión por su prudencia en el manejo de los asuntos laborales y su buen trato con los sindicatos. Aquel hombre sin oficio político, sin real vocación por su cargo, podría decirse que ha pretendido trasladar los ideales familiares al plano nacional. Gobernar con una mezcla de catolicismo, buenas costumbres, conservatismo, que por supuesto no han alcanzado para enfrentar un período crítico y transaccional del devenir uruguayo.

El arranque ha sido tan lento, como lo ha sido todo en estos años. Demoró 15 días en constituir un gabinete y al final sustituyó a los cinco ministros renunciantes cambiando de lugar otros funcionarios como lo podía haber hecho el primer día. Quiso buscar apoyos afuera, y no los encontró tampoco para constituir un Consejo de Estado sustituto de las funciones parlamentarias cuya formación debió ser —en la mecánica del golpe— la exhibición de un conjunto de hombres notables que adherían a la situación. Y que no aparecieron.

Escribe Julio María Sanguinetti

Primero perdió respaldo político, luego perdió respaldo militar. Ahora cierra la actividad política con un precario apoyo militar, que durará tanto como dure la conveniencia de la sociedad establecida. En cuanto los comandantes sintieron que el presidente pasaba a ser un peso, emitieron ya un comunicado, a sólo 10 días del nuevo régimen estableciendo que ellos sólo cumplían órdenes y que la responsabilidad de gobierno era del presidente.

Lo grave es que ya no tiene chivo emisario a la vista; ni el Parlamento puede servir de pretexto, ni la oposición política; ni la acción sindical. Todo está clausurado y ha quedado solo frente al país, con todas las miras convergiendo en él.

La situación uruguaya, entonces, no se ha definido. Ni para un lado ni para otro. El pueblo cree que el gobierno es militar pero los propios militares sienten que, aunque mandan, no gobiernan. El poder está en los cuarteles pero el gobierno sigue en la Casa de Gobierno y en este juego de esquinillas pasan los días sin que el nuevo régimen encuentre una real doctrina.

ción, es distribuida internacionalmente por la agencia **Latin** y se publica simultáneamente en **El Nacional**, de Caracas, y **Excelsior**, de México.

La censura brasileña revocó una disposición que impidió su publicación en **O Estado do Sao Paulo**, por lo cual ese diario comenzó a editarla el sábado pasado.

Bordaberry ha comenzado así su navegación, con muy ligero equipaje. No cuenta con un equipo técnico solvente, capaz de enfrentar la batalla contra el estancamiento económico mediante una planificación global ni con un equipo político capaz de alentar un clima de esperanza en los diversos sectores del país. Aspira sí, a una recomposición del Estado, que lo haga más inmune a los vaivenes políticos, a la lucha de facciones. Quiere una especie de autoritarismo paternalista, pero a su vez no desea ser demasiado duro, porque en él no anima el impetuoso conductor que desea saltar toda barrera como es la psicología normal de un dictador. Bordaberry ha dado un golpe pero sigue hablando del respeto a la Constitución; ha cerrado el Poder Legislativo pero continúa reclamando el acatamiento a las leyes; ha entrado en el régimen de facto pero enfáticamente afirma que él entregará el poder a quien resulte ganador de las elecciones de 1976.

Instintivamente se ha marchado hacia la derecha, porque se ha enfrentado a la dirección sindical, básicamente comunista, y se ha suspendido la actividad de los partidos, aún los tradicionales de clara raíz democrática. Pero no se ha definido, como consecuencia, un esquema económico que fuera la adecuada contracara de la situación política. Antes bien, se sigue en un intervencionismo ingenuo, que pretende introducirse en todo para moralizar y no accede al plano realmente económico de la organización social.

Estamos en un autoritarismo primario, que para ser una real dictadura, adolece de falta de dictador. La gente ha perdido una libertad (que en el Uruguay vale mucho en el espíritu de un pueblo forjado en esa tradición) pero tampoco ve la eficacia que debería ser el consuelo melancólico para aquella angustia.

Los dirigentes políticos han sido borrados de la escena. Los dirigentes sindicales también. Los diarios apenas hablan. Las radios y estaciones de televisión, mucho menos todavía. El país ha

entrado en un silencio, una pax romana, que apacigua el clima siempre efervescente de lo que fue una vieja democracia liberal. Pero la crisis sigue transcurriendo por debajo de la superficie. Y si no encara la parálisis económica y no se busca un mecanismo político que sustituya al anterior la fuerza militar tendrá que dar el paso al frente y asumir a plena luz y cara descubierta, la responsabilidad total.

De donde surge, entonces, que esta crónica que hemos desenvuelto a lo largo de esta ya larga serie de notas, no tiene aún epílogo. Dentro de poco quizás tengamos que reemprender la narración, porque hoy sabemos si lo que se ha cerrado, pero no lo que se está abriendo. Tanto es así que muchos piensan, todavía, y el propio presidente entre ellos, que podrá el Uruguay seguir, luego del 76, con su vieja democracia libe-

ral, una vez que libere a los sindicatos de su dirección politizada y a los partidos de sus luchas intestinas y del clima pasional que los ha dividido en la acción. Tan firme ha sido el ideal democrático, que aún calla hondo en quienes aparecerán ante la historia como sus victimarios. Lo que reza también para los propios militares, que hace ya tiempo que tocan el poder con sus manos pero no desean reconocerlo oficialmente.

Muy difícilmente pueda alcanzarse un equilibrio, sobre estos andariveles de hoy. No hay medios para correr entre ellos. O el régimen político se militariza auténticamente, verticalizando mandos y estableciendo un esquema de poder que imponga desde arriba un modelo de desarrollo o bien se procura una restauración institucional que, con todos los límites del caso, reemprenda la marcha de una democracia. Así, en este país, bucolicamente admitido por un hombre impregnado del llamado quietismo de la vieja estancia rural, no se podrá seguir mucho tiempo más. De todo lo cual seguramente dentro de poco tendremos que volver a escribir. Como lo hemos hecho ahora, no para juzgar —que para eso sobraría tiempo e historias— pero sí para entender lo que ha pasado en la comarca que un tiempo fuera llamada "la Suiza de América".

Copyright La Opinión, 1973.